EDITORIAL TROTTA

GUÍA PARA ENTENDER EL NUEVO TESTAMENTO

ANTONIO PIÑERO

Guía para entender el Nuevo Testamento

Antonio Piñero

E D I T O R I A L T R O T T A

Para María de los Ángeles,
animadora en momentos de desánimo

COLECCIÓN **E**STRUCTURAS Y **P**ROCESOS
Serie **R**eligión

© Editorial Trotta, S.A. http://www.trotta.es

© Antonio Piñero Sáenz, 2006

ISBN (EPUB): 978-84-1364-035-8

Depósito Legal: M-5353-2007

CONTENIDO

Abreviaturas
Introducción

I. QUÉ ES NECESARIO SABER PARA ENTENDER EL NUEVO TESTAMENTO

1. ¿Qué es el Nuevo Testamento?
2. Cómo se escribió el Nuevo Testamento
3. Cómo se formó el canon del Nuevo Testamento
4. Cómo ha llegado el Nuevo Testamento hasta nosotros
5. El entorno del Nuevo Testamento (I): El judaísmo y su legado
6. El entorno del Nuevo Testamento (II): El helenismo y su legado
7. Cómo leer el Nuevo Testamento

II. JESÚS DE NAZARET, FUNDAMENTO DEL NUEVO TESTAMENTO

8. Las bases de nuestro conocimiento de Jesús
9. El Jesús histórico. Sumario de una «vida» de Jesús según una lectura crítica de los Evangelios

III. EL COMIENZO DE LA REINTERPRETACIÓN DE JESÚS. PABLO DE TARSO

10. El comienzo de la reinterpretación de Jesús
11. Pablo de Tarso

IV. LA LITERATURA CRISTIANA DESPUÉS DE PABLO

12. Evangelios. La fuente Q
13. El Evangelio de Marcos
14. El Evangelio de Mateo
15. El Evangelio de Lucas
16. Hechos de los apóstoles
17. El Evangelio de Juan
18. La Escuela paulina. Segunda epístola a los tesalonicenses
19. Epístolas a los colosenses y a los efesios
20. Epístola a los hebreos
21. Cartas pastorales
22. Epístolas católicas. Primera carta de Pedro
23. Epístola de Santiago
24. Cartas de Juan
25. Epístola de Judas y Segunda epístola de Pedro
26. El Apocalipsis. El problema de las relaciones con el Estado

Epílogo
Bibliografía básica
Glosario
Índice analítico
Índice general

ABREVIATURAS

Libros bíblicos
Antiguo Testamento

1Cro 2 Cro	Crónicas
1 Mac 2 Mac	Macabeos
1 Re 2 Re	Reyes
1 Sam 2 Sam	Samuel
Ba	Baruc
Dn	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ecles	Eclesiastés
Eclo	Eclesiástico
Esd	Esdras
Ex	Éxodo
Ez	Ezequiel
Gn	Génesis
Ha	Habacuc
Is	Isaías
Jb	Job
Jc	Jueces
Jl	Joel
Jon	Jonás
Jos	Josué
Jr	Jeremías
Lv	Levítico
Mi	Miqueas
Ml	Malaquías
Ne	Nehemías
Nm	Números
Os	Oseas
Pr	Proverbios
Sal	Salmos
Sb	Sabiduría

Za	Zacarías

Nuevo Testamento

1 Cor 2 Cor	Corintios
1 Jn 2 Jn 3 Jn	Epístolas de Juan
1 Pe 2 Pe	Epístolas de Pedro
1 Tim 2 Tim	Epístolas a Timoteo
1 Tes 2 Tes	Tesalonicenses
Ap	Apocalipsis
Col	Colosenses
Ef	Efesios
Flm	Filemón
Flp	Filipenses
Gál	Gálatas
Hb	Hebreos
Hch	Hechos
Jn	Juan
Jds	Judas
Lc	Lucas
Mc	Marcos
Mt	Mateo
Rom	Romanos
St	Santiago
Tt	Tito

Otras abreviaturas

AAT	*Apócrifos del Antiguo Testamento* I-VI. Edición de A. Díez Macho, Cristiandad, Madrid, 1 84-. A partir de la segunda edición, editores A. Díez Macho y A. Piñero
BNH	*Biblioteca de Nag Hammadi. Textos gnósticos* I-III. Edición de A. Piñero, Trotta, Madrid, 1 7 (^{2}2000), 1 (^{2}2004), 2000.
HF	Historia o Crítica de las formas
HR	Historia o Crítica de la redacción
s/ss	siguiente/s
v/vv	versículo/s
1QS	Regla de la Comunidad
11Q	Melquisedec Texto de la cueva 11 de Qumrán sobre este

	personaje
4Q246	Texto de la cueva 4 de Qumrán sobre un personaje mesiánico no identificado
1QM	Rollo de la Guerra de Qumrán
1QH	Himnos de Qumrán, algunos de ellos atribuidos al fundador de la secta

INTRODUCCIÓN

El Nuevo Testamento es el libro más vendido, leído y comentado del mundo. De él se editan y venden unos quince millones de ejemplares al año. Cientos de millones de personas hacen de él su lectura asidua y la base de su vida espiritual. En Occidente al menos, la vida cultural y religiosa está impregnada de ideas y concepciones que derivan del Nuevo Testamento. A lo largo de los últimos veinte siglos este libro ha sido el faro que ha orientado la actuación de millones de personas que han consagrado su existencia a modelar el mundo conforme a la visión que de él emana. Tales hechos indican la importancia del Nuevo Testamento y avalan la idea de que cualquier persona culta, creyente o no, debe saber algo de él. Son textos demasiado importantes como para no preocuparse de que la gente se interese por ellos y los entienda bien, independientemente de su actitud de fe o increencia ante su mensaje.

El Nuevo Testamento es un conjunto de 27 obras compuestas hace casi dos mil años, y redactadas desde unos puntos de vista y una mentalidad muy distantes y distintas de las de hoy día. Esta distancia sobre todo mental hace que en la práctica muchos de los contenidos, párrafos enteros de estas obras no se entiendan..., y por ello se lean poco. Para probarlo bastaría hacer una sencilla encuesta. Pidamos a una persona, que por su porte y apariencia tenga visos *a priori* de poseer una formación cultural media, que nos diga en dos palabras cuál es el mensaje de la Epístola a los colosenses. Quizás hasta tome por loco al encuestador..., y seguro que no sabrá articular ni tres frases seguidas. Probablemente dirá que nunca la ha leído. Si a esa misma persona pudiéramos obligarla amistosamente a adentrarse durante un rato en esa Epístola (es muy corta, y podría leerse en menos tiempo

que el empleado en hojear un periódico), acabaría confesando que no la entiende bien. Lo mismo puede ocurrir con otras obras del Nuevo Testamento, incluso con pasajes largos de los Evangelios, aunque sean las obras más conocidas.

Tres, entre otras varias, pueden ser las razones de un cierto desinterés por convertir al Nuevo Testamento en libro de lectura asidua. La primera: la religión común está pasando horas bajas, mientras proliferan supersticiones y creencias fantasiosas que no se basan precisamente en un correcto entendimiento del Nuevo Testamento tal como fue escrito, es decir, como lo pretendieron sus autores.

La segunda es la que antes apuntábamos: estos libros son muchas veces enigmáticos para los lectores del siglo XXI. Aunque las diversas iglesias o confesiones han ido transmitiendo, comentando y adaptando a los tiempos el contenido de los libros del Nuevo Testamento en sus sermones y obras de divulgación, la misma lejanía temporal de la fecha de composición del Nuevo Testamento hace que en bastantes casos ni el mismo clero los explique bien, con lo que indirectamente se contribuye a que esas obras se conviertan en textos poco o nada comprensibles para el hombre del presente siglo. Éste puede conocer las palabras que lee, pero es muy posible que se le escape —más veces de lo que piensa— el contenido verdadero que pretendió transmitir el autor.

La tercera: durante centurias la Iglesia católica, a diferencia de otras confesiones, en especial las protestantes, no ha fomentado en absoluto la lectura de la Biblia; incluso llegó a prohibirla siglos atrás. Esta actitud, hoy parcialmente reformada, ha dejado un poso de apartamiento de los textos fundamentales del cristianismo difícil de eliminar.

Sin embargo, el Nuevo Testamento sigue y seguirá siendo un libro básico. Nunca podríamos exagerar bastante la importancia cultural que los escritos del Nuevo Testamento tienen, a pesar de todo, en el mundo en el que vivimos. Se puede prescindir del aspecto religioso de su

contenido, pero todo individuo culto de Occidente es de un modo u otro «cristiano», respira la «atmósfera» que emana del Nuevo Testamento y de la Iglesia que en él se basa, con sus dogmas y sus ritos. Esta «atmósfera» ha modelado durante siglos la sociedad que se autotitula occidental.

La obra presente intenta paliar este déficit de comprensión e interés por el Nuevo Testamento. Procura tomar por la mano a un lector que no acaba de entender estos importantes escritos y desea conducirle paso a paso por los vericuetos de sus textos. Pretende ser una ayuda, una guía sencilla en lo posible que le explique breve y claramente las claves de lectura que le orienten para comprender el contenido de estos libros según la mente del autor que los escribió.

Así pues, *se trata ante todo de entender*, de comprender con exactitud qué es lo que quiso o pretendió transmitir y comunicar cada texto del Nuevo Testamento cuando se compuso, y cómo debieron entenderlo los primeros lectores a los que fue dirigido. Para entender bien estas obras es muy conveniente adelantar al lector unos pocos conocimientos previos que le será conveniente tener en cuenta: en qué ambiente nacieron los textos que componen el Nuevo Testamento, qué ideas religiosas, filosóficas, etc., imperaban en la atmósfera en la que se concibieron, cómo reaccionaron frente a tales ideas los autores, qué sociedad y situación histórica concretas hicieron que las obras del Nuevo Testamento fueran de ésta u otra manera, cómo han llegado hasta nosotros a lo largo de los siglos...

En un segundo momento ayudará mucho a la comprensión del Nuevo Testamento desde un punto de vista histórico que el lector tenga una visión de conjunto, como a vista de pájaro, de la vida y significado de Jesús de Nazaret, la base y el centro sobre el que gira este primer *corpus* de escritos cristianos.

Posteriormente esta *Guía* intentará hacer una presentación, también de conjunto, de las líneas de pensamiento que comienzan a interpretar la vida, misión y figura de Jesús y las ofrecen a un público nuevo, de modo que el lector llegue a formarse una idea

suficientemente clara de cómo y por qué se fue desarrollando el bloque de nociones teológicas, ritos e instituciones que deja traslucir el Nuevo Testamento. Así se examinarán las que fueron las primeras reinterpretaciones de la vida, misión y figura de Jesús hasta Pablo de Tarso. En estos primeros años se darán pasos de gigante en la conformación de una teología propiamente cristiana.

Finalmente intentaremos tener una perspectiva de conjunto de la literatura cristiana primitiva después de Pablo. Esta *Guía* procurará situar brevemente cada obra del resto del Nuevo Testamento en su momento histórico ofreciendo en cuanto es posible sus claves de lectura. En esta cuarta parte tendrán también su hueco a menudo cuestiones de estructura y composición de los diversos escritos, junto con otros temas de su historia de la composición, como quiénes fueron sus destinatarios, ya que cada autor tenía presente un determinado círculo de lectores que influía en su modo de presentar su intención, mensaje e ideas que deseaba transmitir.

Estas intenciones determinan la estructura de la presente *Guía* que está dividida en cuatro partes:

I. Cosas que es conveniente saber para entender mejor el mundo del Nuevo Testamento.

II. El fundamento del Nuevo Testamento, Jesús de Nazaret: ¿cómo podemos concebir hoy que fue la vida y obra del Jesús de la historia?

III. Las primeras reinterpretaciones de Jesús: desarrollo histórico de las ideas, ritos e instituciones en los primeros momentos incluido Pablo de Tarso.

IV. Visión de conjunto del resto del Nuevo Testamento. Claves de lectura de estos escritos y de las cuestiones en ellas implicados.

Tenemos motivos sobrados para ser moderadamente optimistas en cuanto a las posibilidades de comprensión del Nuevo Testamento... a pesar de los muchos siglos pasados desde su composición. Con un poco de esfuerzo es posible estar seguros de que se entienden suficientemente bien las líneas generales del pensamiento de cada una

de las obras de esta colección. Gracias a la aplicación sistemática y consecuente de los métodos que historiadores y filólogos han ido desarrollando en los últimos doscientos años en el estudio de los libros de la Antigüedad es posible hoy acercarse y comprender bien qué sentido tiene cada texto del Nuevo Testamento primero en sí mismo y, en segundo lugar, en el ámbito o contexto de la historia del cristianismo primitivo.

Por el contrario, algunos creyentes opinan que al ser el Nuevo Testamento un libro sagrado, «inspirado», no se le pueden aplicar las técnicas utilizadas para la interpretación de otros textos antiguos, no sagrados. Sólo deben ser leídos desde la fe. Solamente ésta es capaz de desentrañar el contenido sustancial del Nuevo Testamento, su misterio casi insondable. O también: sólo teólogos profesionales y creyentes pueden extraer de ellos la profunda verdad que contienen. Pienso que algunos lectores expresarían así estas ideas: ¿cómo puede pretender un autor que sólo considera el Nuevo Testamento desde un punto de vista histórico, racionalista y filológico escribir una *Guía para entender el Nuevo Testamento?* ¿Cómo va a enseñar a entender quien en realidad no entiende nada, pues no trae en consideración el elemento sobrenatural?

Adelantándome a estas posibles críticas respondería: utilizar para el Nuevo Testamento las categorías de «misterio casi insondable» o «verdad profunda alcanzable sólo por la fe» sería renunciar al uso de la única facultad que tenemos para conocer, nuestra razón. Además, estas afirmaciones no nos parecen correctas porque si intentáramos fundamentarlas estaríamos razonando en círculo. La base de semejante pretensión sólo podría ser el argumento arriba expuesto: estos libros no pueden ser examinados críticamente por ser sagrados. Ahora bien, ¿por qué son sagrados? Porque son la palabra de Dios. ¿Quién lo afirma? La Iglesia con todo su poder sobrenatural. ¿De dónde obtiene la Iglesia este poder? Naturalmente, de haber sido fundada por Jesús tal como afirman estos libros. Por tanto estos libros apoyan su sacralidad en la voz y autoridad de la Iglesia, y ésta fundamenta su

poder en que así lo afirman los libros sagrados y en lo ocurrido con Jesús tal como en ellos se cuenta. El razonamiento es un círculo perfecto: el carácter sacro del Libro se fundamenta en la Iglesia, y ésta obtiene su autoridad del Libro.

Queda, pues, claro que no podemos admitir este tipo de razonamiento. No es sólo la teología o la fe las que tienen una voz competente para presentar ante el lector del siglo XXI la plenitud de sentido de estos textos religiosos, sino sobre todo la investigación literaria, la filología y el conocimiento de la historia de la época. Las afirmaciones teológicas entran también de lleno en el campo de la investigación de la historia antigua, en concreto de la historia de las ideas, y por ello no se escapan de las leyes científicas que rigen una indagación estrictamente histórica. Ésta es la razón por la que las obras contenidas en el Nuevo Testamento pueden y deben ser estudiadas sin necesidad de pensarlas obligatoriamente como «inspiradas» y portadoras de una revelación. Son en primer lugar documentos informativos de una época en la que los mensajes religiosos (y de otro tipo) se transmitían no con la asepsia científica de hoy día, sino de acuerdo con las maneras de aquellos momentos.

Así pues, para lograr el objetivo propuesto —primero entender; luego juzgar— aplicaremos a las obras del Nuevo Testamento las mismas técnicas que se utilizan para analizar otros textos legados por la Antigüedad, por ejemplo, las obras de Julio César, de Tito Livio o las de Epicteto y Tucídides. Gracias a ellas intentaremos extraerles toda la información posible que ayude a su comprensión. Las obras del Nuevo Testamento son un producto humano e hijas de su tiempo; sólo se destacan entre las muchas obras que nos ha transmitido la antigüedad grecolatina y judía por la trascendencia cultural y religiosa que le han otorgado los siglos, en verdad infinitamente superior a otros productos de ese mismo legado. Pero este hecho indudable no afecta al modo de comprensión ni a los métodos que debemos emplear para analizarlas y entenderlas.

Esta *Guía* intenta no asumir de antemano ningún partido en pro o en contra de la posibilidad de la revelación. Una vez bien entendidos los textos, cada lector adoptará ante ellos la postura que considere conveniente..., una postura que muchas veces se reservará para el ámbito de la intimidad. Debemos insistir, sin embargo: primero es necesario entender; luego vendrá qué posición se adopta ante los textos. Como paso previo e indispensable para una fe o una increencia meditadas es preciso saber con seguridad qué es en realidad lo que afirman escritos tan lejanos en el tiempo como los que componen el Nuevo Testamento.

El presente libro intenta ser lo más claro y didáctico posible, y no presupone en el lector ningún conocimiento técnico previo. Si fuere necesario emplear vocablos de la terminología científica, se procurará explicarlos en el texto mismo, o bien el lector encontrará una aclaración de ellos en el glosario impreso al final del libro. Ya de antemano pido excusas a los especialistas de la materia —si este libro cae por casualidad en sus manos— por el afán de explicar y aclarar incluso cosas que ellos considerarán básicas o elementales.

Primera parte

qué es necesario saber para entender el nuevo testamento

Capítulo 1

¿QUÉ ES EL NUEVO TESTAMENTO?

El Nuevo Testamento es un conjunto de escritos de origen y carácter muy diferentes que unidos entre sí forman la parte principal de la Biblia cristiana. Es a la vez un libro y un conjunto de libros. No es una obra simple, unitaria, sino un complejo de escritos que a menudo no concuerdan entre sí: cada una de sus partes muestra a veces ideas diferentes. El Nuevo Testamento es un libro de historia, pero ante todo de propaganda de una fe. A los ojos de los que no comparten esta fe el Nuevo Testamento es una mezcla de historia, leyendas y mitos de contenido religioso.

La tradición cristiana considera las 27 obras contenidas en el Nuevo Testamento como «sagradas». Son la plasmación de la última revelación divina, la «palabra de Dios», que tomó cuerpo por escrito entre la mitad del siglo I y los primeros años del II de nuestra era. Como escrito de propaganda de una fe concreta, el Nuevo Testamento trata de convencer al lector de que dentro de él se encuentra la verdad, y que si se cree en ella se consigue la salvación.

- *El Nuevo Testamento es un conjunto voluntariamente predeterminado y excluyente*. En el capítulo tercero veremos en sus líneas esenciales cómo se llegó a precisar qué obras cristianas —entre

muchas— debían tenerse por «sagradas» y cuáles no, es decir, cuáles forman y cuáles no el Nuevo Testamento y por qué. En principio y por sí mismas, es decir, sin esa calificación o etiqueta externa, la mayoría de los escritos del Nuevo Testamento no se presentan como «palabra de Dios», sino como narraciones de unos hechos controlables por la historia, como explicaciones teológicas de los mismos o como escritos de circunstancias (cartas) entre dirigentes cristianos y sus fieles.

- *El Nuevo Testamento es casi todo él una producción anónima*. Aunque cada una de sus 27 obras lleva el nombre de un autor, en realidad tal atribución es engañosa: o bien nada sabemos de tal autor, o bien la atribución es errónea. Sólo siete cartas (1 Tes, 1 y 2 Cor, Ef, Flp, Gál y Rom) llevan la marca de un mismo escritor que nos es relativamente bien conocido: Pablo de Tarso. La Iglesia antigua no tuvo especial afán crítico o histórico por determinar con exactitud si los nombres de autor atribuidos al resto de las obras contenidas en su canon de Escrituras eran en verdad sus auténticos autores.
- Al no ser un libro compacto, redactado por un autor único, sino un conjunto de obras muy diferentes entre sí en estilo, lenguaje, género literario y propósito, *el Nuevo Testamento contiene en sí mismo una tensión entre la unidad y la diversidad*. Un observador exterior y poco respetuoso podría sentir la tentación de calificarlo como «cajón de sastre». En realidad, el Nuevo Testamento no es más que el reflejo de la diversidad del cristianismo primitivo, aunque dentro de una cierta unidad. Por otro lado, esta diversidad se corresponde, como veremos aquí con la diversidad del judaísmo mismo del que procede el cristianismo. La diversidad aparece reflejada incluso en el género y estilo de los libros que componen el Nuevo Testamento. Hay dentro del Nuevo Testamento un libro de historia, los Hechos de los apóstoles; hay «biografías» al modo de la época, como los evangelios; hay cartas apasionadas y combativas, como la Epístola a los Gálatas, y otras más teóricas como la dirigida a los Romanos; otras de muy poca doctrina teológica y mucho de exhortación como la Epístola de Santiago, u otras simplemente polémicas como la de Judas. Hay partes

de visiones y revelaciones del más allá, como el Apocalipsis de Juan, y hay finalmente otros escritos de variada textura que se presentan normalmente como circulares a diversos grupos de cristianos, y que discuten tanto nociones teológicas como problemas prácticos: Epístolas pastorales.

• Al ser el Nuevo Testamento un conjunto de obras de enfoques diferentes, *no es de extrañar que el lector detecte entre ellas tensiones y divergencias teológicas, incluso contradicciones*. Cada obra, o a veces bloques de obras, presentan su propia opción ideológica. Así, por ejemplo, hay un abismo entre la concepción de la fe de las Epístolas a los gálatas y romanos y la de la Epístola de Santiago; o se perciben muchas diferencias, casi insalvables, entre las imágenes de Jesús de los tres primeros evangelios y la del Evangelio de Juan. Igualmente el pensamiento sobre la Iglesia, el matrimonio, o el retorno de Jesús como mesías y juez final (la «parusía») no es el mismo, ni mucho menos, en las cartas auténticas de Pablo y en las compuestas en su nombre por sus discípulos (por ejemplo, las Epístolas pastorales).

• *El Nuevo Testamento no representa aún plenamente la ortodoxia de la Gran Iglesia*. Ésta se irá formando poco a poco precisamente como fruto en gran parte de la constitución misma del Nuevo Testamento como canon y de una interpretación de él forzadamente unitaria. El firme modelo organizativo que se impone en buena parte de la Iglesia a partir de mediados del siglo II (un superintendente, el «obispo», al frente de un consejo de ancianos o «presbíteros», auxiliados por un conjunto de ayudantes, «diáconos») ayudará mucho a la estructuración de la ortodoxia... que aún tardará siglos en imponerse de modo firme.

• *Las obras del Nuevo Testamento tienen al menos cuatro características en común*:

Primera: sus autores fueron todos judíos, del siglo I de nuestra era. Se podría discutir el caso de Lucas, autor del tercer evangelio y los Hechos de los apóstoles, pero lo más probable es que al menos fuera un «prosélito», un convertido al judaísmo con muy buenos conocimientos de él. El Nuevo Testamento es, por tanto, un producto

judío y pertenece de lleno a la historia de la literatura judía, aunque sea novedoso en parte dentro de ella. Cuanto mejor conozca el judaísmo del siglo I más fácil será para un lector potencial del Nuevo Testamento entender este *corpus*.

Segunda: su entorno sociológico e histórico es el Mediterráneo oriental del siglo I, una época efervescente en lo religioso que generó muchas ideas novedosas. Es necesario, por tanto, situarse en este ambiente.

Tercera: todos sus autores escribieron en griego con mayor o menor elegancia. Algunos eran de lengua materna aramea, y eso se trasluce en su modo de redactar y en sus ideas, pero todos están conformados de algún modo por la mentalidad griega que va unida a la lengua y su uso. En este sentido el Nuevo Testamento pertenece también por derecho a la historia de la literatura griega. Es un producto judío y, a la vez, un producto griego. Esta mezcla influirá profundamente en la teología del Nuevo Testamento.

Cuarta: todos los autores intentan explicar el mundo y el ser humano en su relación con Dios a través de la fe en una misma persona, Jesús de Nazaret. Jesús es el mesías verdadero, el Hijo de Dios, aunque cada autor puede divergir de los otros en cómo entiende concretamente ese mesianismo y esa filiación divina.

El Nuevo Testamento es interpretación de hechos en clave sobrenatural: presenta una serie de hechos y los interpreta como la acción definitiva de Dios para salvar al ser humano. Ninguna página del Nuevo Testamento es pura historia: no ofrece los hechos susceptibles de una investigación histórica por sí mismos, por el interés mismo de lo ocurrido. Lo que le importa a cada autor de este *corpus* es lo que nos dicen esos hechos sobre el plan de Dios y la historia de la salvación.

El núcleo de la vida de Jesús, y por tanto del Nuevo Testamento, lo constituyen los hechos siguientes: un maestro galileo del siglo I, antiguo discípulo de Juan Bautista y que luego funda su propio grupo, atrae a las masas con su proclamación de que el reino de Dios se acerca

a toda prisa. Pasó un cierto tiempo predicando esa venida del reino de Dios en Galilea. Mucha gente fue tras él no sólo por su doctrina sino porque era también un sanador y un exorcista, como algún que otro rabino de su época. Luego subió a Jerusalén a completar su predicación y allí lo prendieron las autoridades porque perturbó el funcionamiento del Templo y predijo que Dios lo sustituiría por otro nuevo. Las autoridades lo mataron al considerarlo peligroso para el orden público tanto desde el punto de vista de las estructuras judías como de las romanas.

La interpretación de esos hechos por parte del Nuevo Testamento es la siguiente en líneas generales: ese maestro de Galilea es en realidad el Hijo de Dios, el mesías tan ansiosamente esperado; según el Cuarto Evangelio, es la Palabra, el *Logos* de Dios que existe desde siempre y es Dios. Su doctrina es la transmisión de la voluntad divina a los hombres para la salvación de éstos. El Diablo se opone a ese plan de salvación, pero es derrotado en toda la línea por Jesús mismo que demuestra con sus milagros y curaciones que Satanás tiene poco que hacer cuando el reino de Dios impere sobre la tierra. Pero el plan divino incluye el sacrificio del anunciador y mediador de ese Reino. Las autoridades terrenales, judías y romanas, impulsadas por el Diablo, lo prenden y lo crucifican. Pero esa aparente victoria es su derrota. En realidad lo que ha pasado es que se ha consumado un sacrificio de la víctima perfecta: un ser a la vez divino y humano que con su muerte ha expiado ante Dios (es Dios) los pecados de todos los hombres (es hombre). La humanidad queda reconciliada con Dios gracias a este sacrificio único. Pero la víctima no muere definitivamente, sino que resucita. Queda así claro que no es simplemente un hombre, sino un ser que pertenece al ámbito de lo divino. El hombre puede participar de la resurrección de Jesús y apropiarse de los beneficios de la salvación si tiene fe en que esos hechos aparentemente banales (la crucifixión por los romanos de un sujeto peligroso..., hecho repetido centenares de veces en Palestina) tienen otro significado.

A los ojos de un intérprete de fuera hay una notable diferencia entre lo acaecido y lo interpretado. Para la crítica racionalista esta interpretación de los hechos ofrecida por el conjunto de las obras del Nuevo Testamento es puramente mítica y sin base. Lo único que debería hacer la ciencia histórica —dice— es constatar los hechos incontrovertibles. Todo lo demás pertenece al reino de la especulación, de la leyenda y del mito. Para el creyente, sin embargo, esa interpretación no es mítica. Considerarla como tal es ofensiva y simplemente un *a priori*: es negar por sistema la existencia de lo sobrenatural y la intervención de Dios en la vida humana. La interpretación de los hechos en torno a Jesús como historia de la salvación es una posibilidad real de la historia misma. Las dos posturas son antagónicas. Pero para defender una u otra lo primero que debe hacerse es entender bien la base sobre la que se discute, el Nuevo Testamento.

Esta *Guía* considera importante insistir en que el Nuevo Testamento no es un libro de historia sino con muchas reservas. El Nuevo Testamento es, por una parte, la información más antigua sobre los acontecimientos que fundaron y constituyeron el cristianismo. Sobre todo los Hechos de los apóstoles, los evangelios y secciones de algunas cartas, pretenden ser el relato de hechos realmente acaecidos. De ello no cabe duda. Pero, por otra parte, el Nuevo Testamento es ante todo el testimonio de una fe, el testigo de unas creencias y la proclamación de ellas. A la vez es una exhortación a adherirse a ellas. De este hecho se deriva una consecuencia importante: como testimonio de fe es muy posible que los hechos que narran esos textos estén vistos a través de las lentes de esa fe, lo que implica una cierta distorsión. Otras personas, creyentes de otras religiones, hubieran percibido los mismos hechos de otro modo. Ese grado de subjetividad de los autores, propagandistas de sus creencias, tiene que ser tenido en cuenta a la hora de entender e interpretar sus relatos.

Nuevo Testamento, leyenda y mito

Parte de las historias y narraciones del Nuevo Testamento pueden considerarse legendarios, por ejemplo, algunos de los relatos de milagros de Jesús que van en contra de las leyes fundamentales de la naturaleza, como el caminar sobre las aguas (Mc 6,45-52) o la multiplicación de los panes (Mc 6,34-44).

Según muchos intérpretes, el Nuevo Testamento contiene también mitos puesto que la mayor parte de los hechos sobrenaturales sólo son expresables por medio de afirmaciones míticas. Según la moderna sociología, un mito es una narración que «versa sobre un tiempo decisivo para el mundo, en el que intervienen agentes sobrenaturales que convierten una situación inestable en estable». El mito es un texto que tiene un «poder legitimador que funda o cuestiona una forma de vida social». Al mito subyace una «mentalidad o estructura mental» plasmada en narraciones que «suponen otra manera de ordenar el mundo en formas intuitivas y con arreglo a unas categorías» (Theissen, pp. 16, n. 5 y 41).

Pongamos un ejemplo de mito. En el capítulo 12 el autor del Apocalipsis afirma haber visto una gran señal en el cielo: una mujer, vestida de sol, con la luna bajo sus pies y coronada de doce estrellas, da a luz al mesías, un hijo varón que ha de regir al mundo entero. Entonces aparece una gran serpiente roja, de color de fuego, con siete cabezas y diez cuernos que persigue a la mujer y trata de devorar a su hijo. Es usual interpretar a la mujer como la Virgen María; al hijo como el mesías, Jesús, y a la serpiente como Satanás que persigue a muerte al Redentor y a sus seguidores. Ahora bien, parece evidente que María y su hijo no fueron perseguidos por monstruo alguno con tantas cabezas. El autor del Apocalipsis está utilizando aquí un símbolo, un mito, para expresar que el Diablo, enemigo del reino de Dios, ha de perseguir a Jesús y a sus seguidores. El mito está utilizado para expresar una noción religiosa. W. Bousset, un célebre estudioso del Nuevo Testamento de finales del siglo XIX y de comienzos del XX, afirmaba que ese mito recogido por el autor del Apocalipsis es aún más complejo. Tras la leyenda de la Serpiente / Anticristo se esconde un mito muy antiguo, un mito cosmogónico, es decir, sobre la creación

del mundo y el dragón primordial, que prolonga su sombra hasta el final de este mundo. En esos momentos tendrá lugar la revuelta del monstruo marino primigenio que combatirá contra el Creador al final de los tiempos. Este mito, ligeramente transformado, es el que se recoge en el Apocalipsis de Juan. En efecto —sostiene Bousset—, el autor de este escrito afirma por medio del mito que en el final de los tiempos no habrá una lucha entre un rey terreno e Israel, sino el combate directo de Satán, el antiguo dragón primordial, y Dios, que tiene su trono en las alturas.

Para los creyentes de otras religiones, como, por ejemplo, el judaísmo y el islam (para nombrar sólo a aquellas que en todo o en parte se basan en el Antiguo Testamento) otros mitos que contiene el Nuevo Testamento son:

- El pecado original, cuya semilla se halla en Gn 3, pero que el judaísmo no desarrolló, sino sólo Pablo.
- La encarnación de un mesías divino y la virginidad de María.
- La concepción de un redentor que desciende desde la esfera celestial, ejecuta el acto de la redención en la tierra y asciende de nuevo a la esfera celeste.
- La idea de que este redentor sea hijo de Dios en un sentido real, ontológico, no figurado.
- La muerte y resurrección del Redentor; su ascensión a los cielos.

Como se ve, prácticamente todo el núcleo esencial de lo nuevo que aporta el cristianismo sobre el judaísmo y que constituye el meollo del mensaje del Nuevo Testamento es considerado mítico por los creyentes de esas dos religiones importantes. Naturalmente, para los creyentes cristianos estos eventos denominados mitos por los de fuera son realidades históricas, aunque conocidas en profundidad sólo por la fe y la revelación. Pero también los de dentro, los cristianos de confesiones no católicas, emplean el vocablo «mito» para referirse a esos hechos que los libros del Nuevo Testamento presentan como realidades indiscutibles. La cuestión no es sencilla: hay un intenso debate desde el

siglo XIX *dentro del cristianismo mismo* sobre el sentido en que ha de entenderse la existencia de mitos en el Nuevo Testamento.

Dos son los autores más influyentes desde el siglo XIX hasta hoy que defienden la presencia de mitos en las narraciones del Nuevo Testamento.

1. El primero es D. F. Strauss en su célebre *Vida de Jesús* de 1835/1836. Aunque este autor no explica claramente en ningún lugar de su obra qué entiende exactamente por mito, se deduce del conjunto de su trabajo que para él el mito es la expresión narrativa de una idea religiosa, la vestimenta ficticia creada por la imaginación humana para describir una noción religiosa, verdadera, interesante o incluso vital. Los hechos narrados en los mitos no precisan ser históricamente ciertos tal como comúnmente se entienden (es decir, acaecidos tal cual se narran), sino que se cuentan y escriben sólo para vehicular un concepto.

Pongamos un ejemplo: la resurrección de Lázaro en Jn 11. La exégesis de la Iglesia desde la época primitiva hasta hoy afirma que el autor del Cuarto Evangelio transmite una historia auténtica, algo que aconteció realmente. La crítica racional —argumenta Strauss— piensa que esta exégesis es infantil. Esa resurrección no ocurrió realmente nunca ni es comprobable por la historia. La crítica racional, al comprender la lógica interna de la formación de las historias evangélicas, llega a la conclusión de que la «historia» de la «resurrección» significa sólo que la presencia de Jesús hace que el alma viva realmente una vida espiritual verdadera. Es una «resurrección» en cuanto es un paso de una vida falsa, muerta, a otra auténtica.

Strauss daba por supuesto que los años siguientes a la muerte de Jesús habían sido muy fecundos en mitos sobre él, ya que la vida, hechos y dichos del Maestro, por su indudable genio religioso, debió de provocar en sus discípulos una fuerte conmoción. Por eso las generaciones posteriores de cristianos glorificaron, ensalzaron e idealizaron al personaje que amaban y adoraban entrañablemente. En consonancia con sus presupuestos, Strauss presentaba un nuevo método de acercamiento al texto evangélico: prestar atención a la función creadora de mitos del ser humano ante lo grandioso. Precisamente si se comprenden sus mecanismos y producciones, y se

elimina lo que siglos después se ve claramente que no puede ser válido, se puede intentar captar el mensaje transmitido por esos mitos, que es el mensaje de Jesús.

2. La siguiente manera de entender la relación mito-Nuevo Testamento la marca la obra del teólogo R. Bultmann (muerto en 1977). Éste considera que el Nuevo Testamento transmite un mensaje válido, pero expresado en un lenguaje mítico, incomprensible e inválido para el hombre de hoy. Por ello propuso su programa de «desmitologización del Nuevo Testamento» que permitiría comprenderlo en su esencia y adaptarlo a los momentos actuales. Entonces el hombre se enfrentaría a lo que Dios desea de él y podría tomar al respecto una decisión. Según Bultmann, lo sobrenatural no es cognoscible por el ser humano ni expresable con el lenguaje de la historia. «Mito» es toda narración neotestamentaria que nos habla del «más allá» —desconocido— utilizando términos y hechos de la vida presente, el «más acá». Por ello, siempre que aparezcan hechos sobrenaturales en el Nuevo Testamento (por ejemplo, la encarnación) hay que clasificarlos como «mitos». No son hechos reales, históricos, sino modos de expresión utilizados por los antiguos para manifestar la existencia de verdades espirituales. Bultmann es, pues, deudor de Strauss.

Pongamos un ejemplo. Según Bultmann, el Jesús del Cuarto Evangelio es un caso claro de concepción mítica que nada tiene que ver con el Jesús de la historia sino con el dogma cristiano. El autor de este evangelio utiliza fundamentalmente un mito gnóstico aquí y aquí para reinterpretar la figura del Jesús palestino: una figura celeste es enviada por la divinidad desde el mundo de la luz, arriba, el cielo, hasta aquí abajo a la tierra, subyugada por poderes demoníacos. La misión de ese Enviado es liberar a las almas de los hombres, que tienen su origen en el mundo luminoso, pero que se hallan desterradas en esta tierra. El emisario divino adopta una figura de hombre y ejecuta las obras de revelación que le ha confiado la divinidad. El Emisario se revela a sí mismo por medio de sus afirmaciones (que comienzan con un «Yo soy») y consigue que las almas se acuerden de su origen divino y aprendan el camino de retorno a donde habían salido, el mundo de arriba. Una vez cumplida su misión reveladora, el Emisario asciende y vuelve de nuevo a donde salió, el mundo celeste. Este mito ejerce luego una gran influencia en la historia del cristianismo al ser admitido el Cuarto Evangelio en el canon de Escrituras sagradas.

El lector juzgará si le convencen o no estas aproximaciones a los textos del Nuevo Testamento. Al menos, a la hora de comprender qué es y qué representa el Nuevo Testamento debería tener presente que —desde diversas perspectivas— tal *corpus* de escritos no es solamente historia, y que muchos de sus intérpretes, incluso cristianos, defienden que debe entenderse globalmente como una mezcla de historia, leyenda y mito.

Observaciones sobre el modo como se imprime hoy el Nuevo Testamento

El lector de hoy lee el Nuevo Testamento en un orden y disposición que viene desde muy antiguo. Esta ordenación procede de los siglos IV y V, y así suele imprimirse el Nuevo Testamento desde la invención de la imprenta. Sin embargo, este orden es un tanto curioso y en algún aspecto puede despistar al lector y no ayudar en absoluto a su comprensión del texto. Conviene que éste tenga en cuenta lo siguiente:

1. Lo primero que encuentra impreso el lector son los Evangelios, más los Hechos de los apóstoles. Como estas obras tratan de Jesús y el autor que viene a continuación, Pablo de Tarso, supone en sus lectores el conocimiento previo de éste, de un modo espontáneo el lector tiende a creer que los Evangelios se compusieron primero, cronológicamente, y luego escribió Pablo sus cartas. Pero esto no es así. Como veremos, la primera composición del Nuevo Testamento es la Carta primera a los tesalonicenses, que fue redactada hacia el 51 d.C. De entre los evangelios, el primero, el de Marcos, fue compuesto hacia el 70/71 d.C., y el último, el de Juan, hacia el 90/100 d.C. Son, por tanto, cronológicamente posteriores. Sería ideal que el lector leyera las obras del Nuevo Testamento en orden cronológico de composición (en tanto en cuanto puede fijarse), puesto que ello le ayudaría a comprender cómo el Nuevo Testamento es una obra compleja que va evolucionando en sus doctrinas.

2. El Nuevo Testamento en su actual formato coloca en primer lugar al Evangelio de Mateo porque se creía antiguamente que este escrito fue el primero en ser compuesto. Hoy sabemos con relativa certeza que el primero en redactarse fue el Evangelio de Marcos. Éste debería ir situado en primer lugar.

3. El orden actual del Nuevo Testamento separa en partes dos obras que eran una sola: el Evangelio de Lucas y los Hechos de los apóstoles. Como veremos, fueron disociadas simplemente porque no cabían en un rollo normal de papiro. Luego se confirmó la división y se hizo costumbre ya que tenía un cierto fundamento: la primera parte, el Evangelio, trata de la acción del Espíritu en Jesús, mientras que la segunda, los Hechos, aborda fundamentalmente la obra del Espíritu en dos seguidores de Jesús: Pedro en la primera parte (más o menos hasta el capítulo 12), y Pablo en la segunda (más o menos desde el capítulo 13 en adelante). Por tanto, la división de la doble obra de Lucas en dos secciones, que se imprimen distanciadas, puede despistar al lector que olvida fácilmente que una parte, el Evangelio, no puede entenderse bien sin la otra, y a la inversa.

4. El formato actual separa también físicamente cuatro obras en el Nuevo Testamento que son el producto de una misma «escuela», a la que denominamos «Grupo o Escuela de Juan» véase. Estas obras son: el Evangelio de Juan y las tres epístolas johánicas. Como veremos, parece cierto que esas obras no fueron compuestas por un mismo autor, aunque a la vez parece también seguro que sus autores pertenecen al mismo grupo teológico. La separación física de tales obras en el orden normal del Nuevo Testamento tampoco ayuda a la comprensión del lector.

5. El *corpus paulino* no está dispuesto por orden cronológico en nuestras ediciones del Nuevo Testamento. Justamente la primera epístola con la que se encuentra el lector es Romanos... ¡que es cronológicamente la última! En Pablo, al igual que en otros conjuntos del Nuevo Testamento, es importante leer las cartas paulinas según su

orden temporal de composición, *porque Pablo va progresando en su pensamiento*.

La disposición actual está curiosamente ordenada por algo que en sí tiene muy poca importancia: *el tamaño de las cartas*: de mayor a menor según tres bloques: Rom, 1 Cor, 2 Cor, Gál / Ef, Flp, Col, 1 Tes, 2 Tes / 1 Tim, 2 Tim, Tt, Flm. Curiosamente esta disposición produce otros efectos nocivos como vemos a continuación.

6. Dentro del *corpus* paulino la disposición actual del Nuevo Testamento mezcla en un cierto revoltijo cartas *auténticas* de Pablo con otras que fueron escritas por sus discípulos (*«pseudónimas»*; cf. cap. 18). Así, por ejemplo, Efesios, que tiene una mentalidad teológica particular, va colocada entre Gálatas y Filipenses, que siguen una misma línea teológica.

7. Hay muchos autores que sostienen que ayudaría mucho a la comprensión del Nuevo Testamento sacar a las Epístolas pastorales (cap. 31) del lugar en donde están colocadas y situarlas junto con las denominadas «Epístolas católicas» o «universales» (Sant, 1 y 2 Pe, Jds), a la vez que se elimina de esa división a las tres epístolas johánicas que, como hemos indicado ya, forman un claro grupo aparte. La colocación actual dentro del *corpus* paulino —se argumenta— ayuda poco a entenderlas bien.

8. Las llamadas Epístolas «católicas» o «universales», es decir, dirigidas no a una comunidad particular de la Iglesia sino a todas, no son en realidad «universales». Como veremos en los capítulos correspondientes, al menos 3 Jn está dirigida a una persona en concreto, y 2 Jn y 1 Pe están escritas para una o unas determinadas iglesias particulares. Sólo el encabezamiento de 2 Pe y parcialmente el de Sant (Heb no tiene encabezamiento y, por tanto, puede considerarse «carta universal», aunque no fue compuesta por Pablo) hacen justicia a esa ordenación y agrupación como «epístolas universales».

En síntesis: la disposición u orden, y el modo actual de imprimir el Nuevo Testamento no ayudan precisamente al lector a entenderlo bien.